

para siempre y puestos en la picota con el ignominioso clavo de su servidumbre por todo blasón, rescatado á Venecia y á Milán del extranjero, que había convertido su cuadrilátero en el Cáucaso de aquellos prometheos; destruído esa teocracia romana, clave de todo retroceso, la cual teocracia, por necesidad, habrá de contentarse con la dirección espiritual del mundo católico y habrá de reconocer la imposibilidad absoluta de recabar sus rotos poderes temporales; despedidos los Hapsburgos de la confederación germánica; ganado para el espíritu moderno los pueblos paralizados por las dinastías de Nápoles y Parma y Módena en el antiguo régimen; sustituido á los carlistas revolucionarios los radicales pacíficos en Inglaterra y á las tempestades soltadas por la tonante voz de O'Connell en Irlanda la graduada y legal política de Parnell; establecido ya por modo inapelable y definitivo la República en Francia curada de utopías, convertida por completo al progreso pacífico y destinada en plazo más ó menos breve á esclarecer á Europa; conjurado el Sudurbun, la guerra de los reaccionarios en Suiza; obligándola con arte á esgrimir en sus cuestiones interiores penetrando las armas granjeadas por sus libertades tan hermosas como sus montañas níveas, sus selvas verdes y sus lagos azules; acostumbrada Grecia y sus islas jónicas al gobierno de sí difícil en toda región, difícilísimo en las regiones orientales; diseminado pueblos independientes nuevos por las orillas del Danubio que manchaban los nefastos visires con la sangre sacada por sus látigos á las espaldas de los miserísimos rejhaes; entra en el terruño moscovita, donde se arraigaba la servidumbre antigua y esparciendo la vida en aquellas almas muertas de Gogol, redivivas á una pascua inmortal; transforma nuestra España del absolutismo y de la Inquisición en una tierra de derecho moderno, del progreso pacífico, que se junta por sus relaciones naturales con el Nuevo Mundo, sirve á la democracia universal: espectáculo consolador, el cual nos enseña cómo el planeta no se detiene jamás en su carrera por lo infinito y cómo Dios nos revela de continuo sus verdades para que las cumplamos aquí en leyes de un progreso sin fin bajo el gobierno de la Divina Providencia.



CAPÍTULO CUADRAGÉSIMO

El viage regio de Varennes á París

HUBO una revolución como la revolución francesa de grande y trascendental. Y al historiar los ocasionales motivos que la impelieron en su movimiento, y las causas generadoras que la crearon en su esencia, encuéntranse los historiadores con que hubo en ella mucho viento del cielo, muchísimo impulso de las ideas; pero también muchos errores de los hombres. El dique puesto á sus mareas por las supersticiones religiosas, sólo sirvió á encreparlas en oleajes tremendos; el alanceamiento de sus hombres por las antiguas clases privilegiadas á enfurecerlos como toros rejoneados. No hay momento, de tales verdades corroborador y demostrativo, como la fuga del Rey con su familia requiriendo la intervención extranjera para conseguir el despojo de su inviolabilidad y trasladar el poder desde sus manos sagradas á las demolidoras manos de un Congreso constituyente. Ved en qué abismo se había precipitado. Desde las alturas echábase aquel infeliz de cabeza en lo más íntimo del mundo social; su diadema de Rey la había cambiado por una corona de espinas, y por una caña de befa el cetro de sus mayores; padre del pueblo se había trastocado en su padrastro. Providencia benéfica de sus vásallos los había condenado á la invasión y á la muerte; sobre aquel territorio, cuya mayor eminencia era su trono, maquinaba la conquista; contra los que habían de hinojos pasado á sus pies la vida desataba la muerte: así no sabe uno qué admirar más en este horrible caso adverso de la realeza tradicional; si la soberbia suya, que todo lo creía permitido al poder, ó la ignorancia del espíritu que iba pene-

trado en las muchedumbres y del derecho que alegaban. Habían visto los Reyes extenderse dentro de sus palacios y santuarios el éter de las ideas; habían oído vibrar el verbo revolucionario en los labios de las clases aristocráticas; habían estado en comunicación perpetua con príncipes de sangre real y patricios de glorioso abolengo convertidos á los nuevos ideales; el remolino de las pasiones, batidas por el huracán de los pensamientos exaltados, había roto las telas del solio, y hundido las tablas del trono; pues atribuían todo aquello, inmenso y trascendental, á las intrigas de cuatro malvados y á las doblas de los Orleans, cuando era como un alma nueva, despedida desde los cielos de la ciencia sobre los senos de la sociedad. En su regreso desde la tienda del arresto en Varennes á nueva cautividad en París, Luis XVI viera tantas multitudes movidas por la misma idea y concentradas en el mismo intento, que llegó á creer cosa de verdad la revolución, fenómeno social realismo, hecho como sus privilegios por la sucesión de los siglos, y no comedia representada por cuatro farsantes ó locos. Muy tardía tamaña reflexión justa. Cuatro locos no podían haber trastrocado los siervos hundidos por las arrugas del terruño en ciudadanos inspiradísimo del derecho antes oculto; cuatro locos no podían haber escrito el decálogo de la libertad en el Congreso y derribado por tierra la Bastilla; cuatro locos no podían suscitar tantas ideas como volaban en torno del pueblo y destruir tantos ídolos como se caían abandonados de la vieja fe; cuatro locos no podían en una tempestad gigante condensar cuatro siglos enteros y sacar las consecuencias inevitables de todas cuantas premisas había tendido el progreso en las dos inmensidades del tiempo y del espacio, era tamaña momento, como el momento geológico en que las aguas se retiraran á los océanos y las irradiaciones de su fuego interno hicieran el planeta bueno para la vegetación y habitable para el hombre. Los monstruos incapacitados de vivir en semejante atmósfera teniendo que pasar de vivos á fósiles, podrían dolerse del cambio y creerlo hechura de sus enemigos; pero los conocedores del universo tenían que reconocer cómo se habían apagado los volcanes del período carbonífero, deshéchose los témpanos del período glaciario, petrificándose los monstruos antiguos, perdiéndose las especies prehistóricas por una metamorfosis inevitable de la vida universal que llegaba desde las profundidades del suelo hasta los abismos del aire.

¿Quién hubiera podido dar una demostración de la inutilidad del Rey para el pueblo, como la presentada en este momento por los regios fugitivos? Al irse Jacobo II de Inglaterra, expulsado por la santa resolución de su patria y de su trono, al destierro en Francia, arrojó el sello histórico regio al Támesis, creyendo que nadie podía reinar de nuevo, privado de semejante viejo adnículo; y los revolucionarios forjaron otro sello idéntico y se lo dieron al usurpador Orange, que sucedía y heredaba por la voluntad del pueblo á los Estuardos coronados con la gracia de Dios. Pues algo hizo así la Constituyente francesa. Tomó el poder con mayor derecho que los Reyes y ejerciólo con tanta majestad como to-

dos ellos y más exquisita prudencia que todos ellos. Dividió los Ministerios como pudiera dividirlos el Poder Ejecutivo más competente; y encargó á los ministros la continuación serena en sus cargos, como si nada hubiera sucedido. El sello real pasó al Canciller de los Reinos, ó sea, el ministro de Justicia, quien lo recogió con sus manos lavadas y lo puso con placer sobre los pergaminos y papeles de sus decretos, sellados y obedecidos como si lo hubieran puesto en aquellos documentos manos privilegiadas y regias. Habíase inventado la Monarquía para que uno solo nos representase á todos; habíansele dado al Monarca timbres heráldicos para que viviese con los muertos y transmisión de su poder hereditario á sus descendientes para que viviese con los venideros, como si fuera un sér eternal; sus palacios se parecían á templos de dioses, y sus jardines á paraísos; sin mácula para que pudiera creerse allá en sus adentros sobrehumano y ocurrir á cuanto necesitara la sociedad, interesándose como un labrador por las cosechas y como un sacerdote por las almas; pero desde la hora y punto en que todos los asociados tenían tanta satisfacción de las glorias sociales heredadas como el Monarca y tanto cuidado como él de la cosa pública, los privilegios realistas quedaban maltrechos y malheridos en una demostración de las que tocan los pueblos con sus manos y se imponen por una evidencia irrefragable con su bulto y su relieve á todos los espíritus. Mas no sólo se demostró su inutilidad por lo bien que había ocurrido el Congreso al gobierno; se demostró su perversidad en el intento de volcar la guerra sobre la Francia del progreso, á causa de que, no queriendo ésta dejarse gobernar por los Reyes, y si darles un mero carácter honorario como transacción hábil con las generaciones muertas y con los pretéritos tiempos, quería y organizaba el gobierno perpetuo por sí misma, sin elementos á ella extraños, con elementos sometidos y subordinados á su inmanente y eminente soberanía. Una guerra, buscada en larga conspiración de tres años, conseguida por fuga escandalosa, con propósitos homicidas, además de ser un grande atentado á la conciencia y á la razón humanas, fué como una grande traición á la patria y una criminal desobediencia de sus leyes. Larga calle de amargura recorrieron los Monarcas; mas si á un lado y otro del camino se hubieran puesto las invasiones que pretendían suscitar, los ejércitos en fuego, los pueblos en armas, la sangre humana enrojando el verdor de los campos, las vidas apagadas al soplo de la discordia, los muertos amontonados sobre nubes de cuervos, las poblaciones incendiadas por el estallido de los obuses, las campañas trocadas en vastos cementerios, el aire mismo envenenado por la peste, hubiérase dicho por todos que la Providencia Divina, torturando los provocadores de tales plagas, en sus castigos era muy terrible, pero también muy justa.

Narremos hechos corroboradores de todas estas reflexiones. En un periquete habían los milicianos nacionales de Varennes dispuesto los tiros, enganchádoslos en las berlinas, apercebidos y arreádoslos camino de París, improvisando todo ello con una celeridad de vencedores, que hubieran para si necesitado los fugitivos. Por la estrechísima escalera de los

cuartos del mercero á la calle bajaron las personas reales al estrecho espacio de la berlina, donde hallaron su nuevo cautiverio, después de haberle pedido la libertad en vano. El hechizo de la utopía, muy acreditada, que unía el Rey absoluto con la democracia manumitida, no estaba desvanecido aún, y los labios extraían del pecho vivas entusiastas á la realeza y su representante que desmentían las airadísimas miradas de los Reyes. Eran como las siete y media de la mañana, cuando el Rey con su dinastía, ya suspenso de su poder legal, andaba por el camino que salía sin remedio á su destronamiento. Un mar de cabezas por doquier se dilataba y un toque de rebato universal henchía los aires. Temíase tanto por la ruptura en lo interior del pacto constitucional, como por la irrupción desde lo exterior del soldado extranjero, esa fuga del Rey, que seis mil milicianos nacionales, un ejército popular, lo seguían y lo vigilaban como carceleros, no como defensores ó como súbditos. La primer población á donde se dirigieron fué Clermont, piedra miliaria en las orillas entre que corren las edades, por haberse allí suscitado las Cruzadas, que tanto hicieron enflaquecer á los nobles y prosperar á los pueblos. Un aire de incendio, un cielo de horno, un sol de trópico, un suelo de solfataras, un calor de infierno atormentaban en tales términos á los cautivos, que creían asfixiarse todos á una en aquel túmulo abrasado de su carruaje ardiente, y con especialidad los pobres niños, quienes se dolían y quejaban de respirar el polvo abrasado y parecido á sus candentes partículas á cenizas caldeadas por erupciones horribles. Mas los tormentos físicos debían parecer livianos, puestos en comparación irremediable con los tormentos morales. En Sainte-Menchoul llevaron los cautivos á la casa municipal, echándoles á las narices vahos de arengas demagógicas y haciéndoles salir á los balcones, para que oyeran clamar «¡viva la nación!» en clamores fragorosos, arrojados á los oídos de la dinastía, como una granizada de insultos y denuestos. La Reina, presa por haber ido en busca de sus colegas los Reyes contra Francia, reconoció que sólo tenía ya en Francia de colegas los presos, y mandó á los de aquella cárcel cinco luises en oro. Allí pasó una verdadera tragedia. Valeroso y arriesgado noble quiso detener la corriente, y se lo llevó su ímpetu. Reconocido por su cruz de San Luis y considerado como un conspirador en busca del restablecimiento inmediato de la monarquía y del ingreso invasor de los extranjeros, le dispararon un tiro y le tendieron desde su caballo al suelo, cortándole la cabeza para escarmiento de realistas y enseñanza de Reyes. Un descanso en las horribles emociones engendradas por esta grande agitación, cruel de necesidad, como producida por una guerra civil, recelosa de otra guerra invasora, tuvieron los atormentados en aquel movable potro cuando llegaron á Chalons. Las horas transcurridas allí parecieron á los Reyes como gorjeos de ruiseñores entre siniestros graznidos de cuervos y terribles aleteos de águilas. María Antonieta se acordaba de que había hecho parada en tal ciudad durante su viaje de boda. No le faltaron en la desgracia los homenajes tributados á su felicidad. Pero ¡cuál diferencia! Horizontes de rosicler y horizontes de tempestad; muchas

esperanzas y muchos desengaños; un camino de rosas y un camino de abrojos; la mano del sacerdote ungiéndola y la mano del verdugo descabezándola; el manto nupcial envolviendo sus ilusiones y el hábito de los ahorcados entrando con ella en la eterna verdad; todas estas contradicciones debía ver Antonieta cuando ingresaba prisionera en el mismo Chalons donde lustros antes había ingresado novia y delfina.

Mas, á pesar de los homenajes recibidos, no le faltaron allí mismo disgustos á los Reyes. Cuando Luis XVI estaba desnudándose para meterse á dormir en la cama, entró un fiscal de Audiencia, muy querido por la ciudad, y con riesgo de su vida le abrió una puerta secreta y le mostró un camino subterráneo por donde podía irse y salvarse aún la Monarquía. Luis XVI, al deliberar sobre la proposición y ver cómo no podía su familia entera sin excepción acompañarle, rehuyó su propio salvamento, resuelto por morir al lado y en compañía de los suyos. Mas, renunciando á la salvación también renunció á la esperanza, caída en el abismo que se abría bajo sus plantas, y entregada, cual á un Orco, á sus terribles sombras. Al oasis aquel de Chalons, donde las extintas creencias aún permanecían, los vecinos rebeldes llegaban con ánimo de mostrar, cómo la revolución se había extendido por todas partes y todo lo había penetrado. Unos voluntarios de la libertad, idos allí desde Reims, armaron tumultos viendo lo muy largo de aquella parada y lo muy realistas que aquellos ciudadanos eran. El furor se impuso al entusiasmo, y los Reyes continuaron su vía dolorosa, bien poco de su grado. Les pisaron tanto á los regios viajeros sus solícitos huéspedes los talones para que huyesen al odio del grupo llegado desde Reims, que Luis XVI, aturdido, dejó una cajita de caudales en el cuarto donde durmiera. Y tenían razón los fieles monárquicos que apresuraban aquella partida, por que según se iba considerando lo grave de la conjuración urdida contra la libertad, iba creciente el desamor de los pueblos á los Reyes. Desde Chalons hasta París la ira popular se manifestó con amenazador crecimiento. Mil veces llegóse á temer por la vida de los cautivos. Injuriados en Epernay, acogidos con murmullos amenazadores por las gentes del pueblo arengados con discursos insolentes por la persona misma del Alcalde; expuestos á pistoletazos, que no se dispararon por causas milagrosas, malheridos en sus almas por insultos que taladraban el corazón, debieran ver, entre tantas acerbidades, allá á lo lejos del tiempo futuro, cambiarse la sombra del trono en la sombra del cadalso. Todos los historiadores convienen á una en que hubieran muerto por Epernay, de no haberlos defendido y salvado algunos revolucionarios incapaces de macular con humana sangre la bendita libertad. Sin embargo, tuvieron que detenerse más de lo necesario, mientras le recosían á la Reina los vestidos, desgarrados por las pisadas y pisotones de los tumultos populares. La muchacha, que cosía el modesto traje de María Antonieta, quien aun llevaba su disfraz de institutriz doméstica, lloraba con fuertes sollozos y á lágrima viva el trágico desastre. Como algunos gritaran á la familia que no